

pensadores católicos K. Adam, S. Pflütrner, H. Küng, H. G. Tavad, Geiselmann, J. Hessen, J. Lortz, L. Bouyer, Y. Congar y F. Reichter han permitido acercarnos al sajon Lutero en nuestros ambientes latinos antes tan poco propicios.

Con la lectura de sus obras comprenderemos la razón que tenía, y el sentido que les daba a sus cuatro enseñanzas básicas de orden vital más que intelectual: 1) la Biblia sola, 2) la sola gracia de Dios, 3) Cristo único mediador y 4) la sola fe. También apreciaremos al gran moralista que es en sus Cartas y **Charlas de sobremesa**; una verdadera obra literaria llena de valores éticos concretos, que hoy puede interesar todavía por su gran humanidad.

Hacia falta este trabajo, y lo único que podemos hacer es desear su mayor difusión para superar prejuicios hispanistas contra este gran cristiano que fue Lutero. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Buscando los cimientos del orden

Según parece, la filosofía proviene del esfuerzo por reducir lo múltiple a lo uno, de fundar lo múltiple en lo uno. Este fue el propósito, a la vez físico y metafísico, de los antiguos griegos. Vivimos en una diversidad de sollicitaciones sensibles, de cosas que aparecen y se transforman, nacen, mudan y mueren: un vertiginoso caos de impermanencia. Pasan las estaciones del año y las generaciones de los hombres, "semejantes a las hojas otoñales" para el primer poeta griego, la oruga se hace crisálida y luego mariposa, el mar cubre lo que ayer era desierto, no me conozco en mis cariños de ayer y mi propio rostro me va siendo ajeno. Ahora es de día y el sol baña mi ventana, pero quizá cuando tú leas este "ahora" te asediarán la noche o la lluvia; y será también "ahora". Veo ahí una mesa, si-

llas, libros, pero quizá dentro de un instante diré "ahí" frente a una playa o en el tumulto de una calle demasiado transitada. Pierdo lo más mío, que así se me revela ajeno, del mismo modo que lo más indudablemente ajeno ha llegado a ser esencialmente mío, por virtud de la memoria o el deseo. El río que me acoge no puede bañarme dos veces, no sólo porque las aguas que una vez me cubrieron ya habrán fluído muy lejos, sino porque aquel "yo mismo" que se introdujo en ellas en aquella ocasión se ha transformado o perdido tan irremediabilmente como la fresca onda que conoció. Y, sin embargo...

Sin embargo, este caos de impermanencia está misteriosa pero firmemente ordenado. Los astros giran en órbitas perpetuas, a cuya exactitud replican la simétrica alternancia del día y la noche, las mareas y la terca caída de los graves. El fuego quema y asciende siempre, tal como siempre es apagado por el agua o avivado por un aire suave. Los lobos, las abejas y los ti-

burones cumplen con rigurosa exactitud los hábitos y tendencias que conforman su singular destino. En la ciudad, los hombres pliegan la extravagante diversidad de sus intereses y criterios a normas similares y designan con palabras idénticas al mismo objeto. Y lo más importante de todo: mi propio pensamiento, en el que fundo una identidad de la que ningún cambio sabría hacerme dimitir, se estructura en ideas, en esencias que captan y aprisionan la inmutable característica de cada cosa, en coherentes proposiciones que explicitan el orden y señalan el fin último y la sustancia primera de cada realidad. Bajo las diversidades y los cambios advino algo único e inmutable, algo a lo que cada orden parcial se remite y en lo que se apoya, un puro y simple foco de inteligibilidad que sustenta el conjunto de todo y que constituye juntamente su objetivo, su bien y su verdad. El alma del hombre de orden, del ciudadano racional del cosmos, no puede descansar hasta haber hallado tal primer principio y haber comprendido suficientemente tanto su naturaleza como la necesaria relación que le une con cada brizna de hierba, cada idea o cada anhelo.

Quizá no haya en toda la filosofía griega clásica un esfuerzo de fundamentación racional del orden tan exigente y ambicioso como el de Aristóteles. En cierto modo, podemos decir que la solución que creyó dar al problema se ha convertido en la explicación oficial del cosmos hasta por lo menos Descartes, por vía de la transmutación cristiana de su pensamiento realizada en la baja Edad Media. Probablemente, podríamos prolongar su influjo mucho más, pues el mismo Hegel, a fin de cuentas, se considera explícitamente directo heredero y final realizador de su proyecto. Una síntesis no siempre feliz, pero intuitivamente persuasiva de teología, observación experimental y mucho sentido común permiten a quien mereció ser llamado el filósofo por antonomasia realizar una crítica contundente, aunque frecuentemente tendenciosa, de sus antecesores en el esfuerzo cosmológico y proponer un sistema que parece suplir en buena medida los principales desfallecimientos teóricos de los anteriores. Es lástima que la rigidez dogmática de los administradores cristianos del estagirita haya empañado un tanto la imagen de uno de los más grandes razonadores del orden de todos los tiempos, convirtiendo en dogma o vana sutileza verbal lo que en el griego guarda

La identidad de Andalucía

La Universidad de Granada desagrávió, en parte, a don Antonio Domínguez Ortiz al investirle como doctor "honoris causa". Domínguez Ortiz, considerado como uno de nuestros máximos historiadores vivos, es catedrático de Instituto, y cuando alguna vez entró en la Universidad, lo hizo por la puerta falsa de los "penenes". Es la Universidad quien ha salido beneficiada, porque Domínguez Ortiz está contento en la enseñanza media, de la que sólo le molesta el número excesivo de horas, según confesaba en entrevista a Antonio Burgos (TRIUNFO, número 649).

Ahora aparece publicado su discurso de investidura, junto a la presentación que del historiador hiciera entonces el profesor Cepeda Adán ("debería estar sentado entre los profesores universitarios de una Facultad de Filosofía y Letras desde hace muchos años").

El discurso de Domínguez Ortiz trata de la identidad de Andalucía. Y su primera sorpresa es que ni siquiera se ha hecho la historia de la palabra que la designa (recordemos por

nuestra parte que no es muy lejano todavía el "Español, palabra extranjera" de don Améri-



Domínguez Ortiz, en el puente de Triana.

co Castro, Taurus). Lo que ahora se designa como Andalucía (las ocho provincias del Sur) es "menos que Al-Andalus, que abarcaba toda la península, y más que la primera Andalucía de los cristianos, que correspondía al cartabón tartésico de Sevilla, Huelva y Cádiz. Domínguez Ortiz cuenta el desarrollo histórico de la Andalucía Alta y la Andalucía Baja, la incidencia americana en la vida de la región, el devenir demográfico, el fracaso de la industrialización, etcétera. Más que decirnos cuál sea la identidad de Andalucía, el maestro sevillano, en estas trece páginas de su apretado discurso, parece incitarnos a buscarla, en la seguridad de que puede encontrarse. ¿Cómo? Y responde así: "Hay que buscar, pues, la esencia de Andalucía en su realidad geográfica de una parte, y, de otra, en la conciencia de sus habitantes". Si la morena muralla de las sierras béticas y el azul corte de sus mares delimitan la realidad geográfica de Andalucía, parece que ahora se está alzando la conciencia de sus habitantes. ■ V. M. R.

Últimos títulos publicados

Gerald Brenan Memoria personal 1920-1975

AT 26, 500 ptas.

25

Thomas Mann

Los orígenes del Doctor Faustus

La novela de una novela

220 ptas.

24

Maria Van Rysselberghe

Los cuadernos de la «Petite Dame», I

Notas para la historia auténtica de André Gide, 1918-1929

550 ptas.

23

Enrique Anderson-Imbert

El leve Pedro

250 ptas.

22

Peter Handke

Carta breve para un largo adiós

160 ptas.

21

E. M. Forster

La vida futura

310 ptas.

20

Gerald Durrell

Mi familia y otros animales

315 ptas.

19

Pierre Drieu La Rochelle

El fuego fatuo

140 ptas.

Solicite catálogo a:

Alianza Editorial

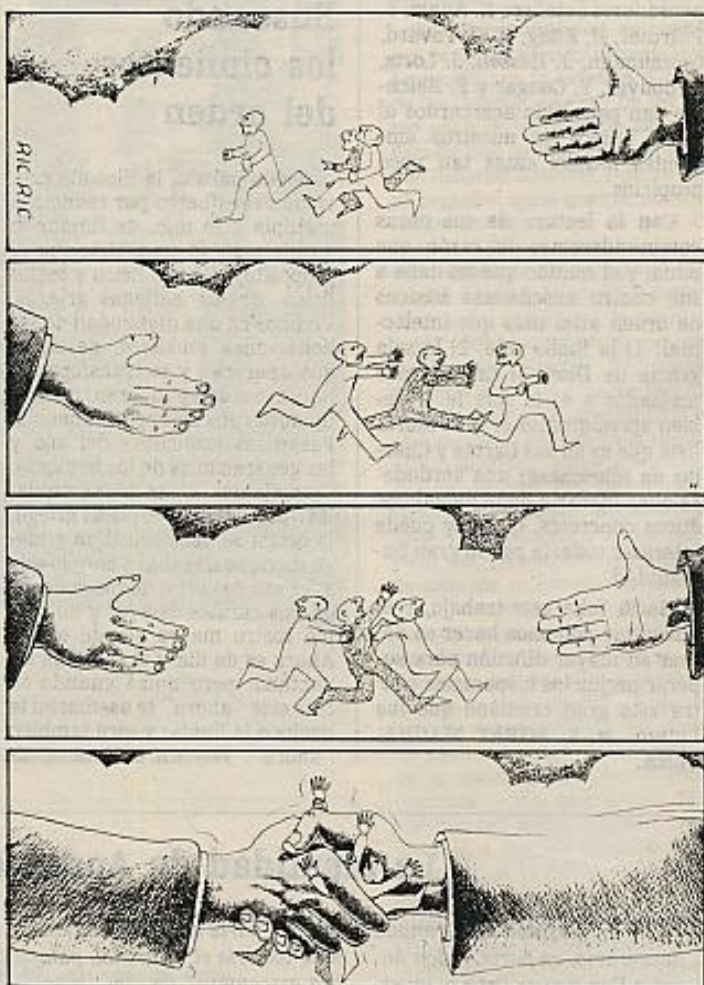
Milán, 38 - Madrid-33

Mariano Cubí, 92 - Barcelona-6

siempre el paradójico y a veces irritante temblar de la idea, la vibración del pensamiento cuyo esfuerzo mata lo que toca en el acto mismo de rescatarlo del caos para la cordura y la ciencia.

Tenemos ahora un libro (1) realmente admirable para acompañar a Aristóteles en su busca del fundamento del orden y para penetrar cabalmente en la grandeza de su intento y en el alcance de su —¿inevitable?— fracaso. Se trata de "Ordre et substance", del pensador español Víctor Gómez Pin, obra presentada como tesis en la Universidad de La Sorbona y editada posteriormente con el concurso del Ministerio de Educación francés y del CNRS. Una desafortunada referencia periodística en un matutino madrileño hacía pensar que se trataba del primer libro de un filósofo contemporáneo español traducido al francés (?) y que había sido escrito en cierto modo de espaldas y con menosprecio del actual pensamiento español. Nada más falso en ambos casos. Esta obra no ha sido "traducida" al francés, sino directamente concebida y escrita en francés; las referencias vivas y activas a pensadores españoles son constantes y van desde Suárez (don Adolfo no, el antiguo) hasta Ortega, Agustín Trias. Sería lástima que un banal malentendido de esta índole enturbiase la aparición de este libro singular, riguroso y profundo. A través de la lectura de "Ordre et substance", acompañamos la indagación aristotélica desde su planteamiento de ambición cimentadora, a través de los tanteos sucesivamente descartados de las falsas normas de sustancia (ideas, números, el casi divino Eter), hasta el descubrimiento final de ese Primer Motor de todo lo existente, "actual, inmóvil, eterno, inmaterial", que es causa final de la realidad toda sólo por la fuerza atractiva del eros que promueve en cada cosa. Ahí se apoyan las categorías y el sereno girar de las esferas celestes, las ideas que reúnen y manejan la inasible pluralidad de lo real y la aspiración al Bien del corazón humano. Un Dios imperturbable y sumamente intelectual (se le llama *noésis noéseos*, pensamiento que se piensa en el acto de pensar), pero que centra y rige todo el conflictivo cosmos con la paradójica arma del amor que provoca en todas las criaturas. Gómez Pin analiza con una erudición y un rigor que no ex-

(1) "Ordre et substance", de Víctor Gómez Pin, ed. Anthropos, París, 1976.



cluyen, sino que suponen la pasión, las diversas relaciones del Dios aristotélico con el fundamento y con la exigencia de lo infundado. Particularmente atractivo es el capítulo que dedica a la alarmante posibilidad de un Dios caótico, que parece que estremeció en algún momento el razonar aristotélico. La nota final del recorrido recoge el fracaso de Aristóteles, quien no logra hacer ver suficientemente la ligazón entre el fundamento y lo fundado ni nos hace "tocar" ese Dios pensante, al que nos identificaríamos si fuésemos capaces de pensarlo. El esfuerzo del hombre de orden desemboca en la duda y el secreto de lo Otro y lo Mismo, del devenir reflejado en lo eterno, permanece bien guardado. ■ FERNANDO SAVATER.

Crítica de la escuela burguesa

La escuela es, junto con la familia, una agencia básica de socialización. A eso se refiere, por

ejemplo, Durkheim cuando en su obra "Educación y sociología" define al profesor como agente de una gran persona moral que es la sociedad. Por su parte, Talcott Parsons ha estudiado cómo la clase escolar —unidad en la que centra su análisis— tiene como doble "función" lograr que los alumnos interioricen los compromisos con unos valores establecidos, esto es, crear consenso, y transmitirles unos conocimientos específicos que les permitan incorporarse a un puesto determinado dentro de una estructura ocupacional y social, que en ningún caso se discute. De ese modo, al ayudar a distribuir a los educandos a lo largo de una escala jerárquica según sus fotos y su capacidad de adaptación, la escuela actúa de hecho como agente de selección en nombre de los potenciales patronos.

Ahora bien, Parsons y sus congéneres funcionalistas creen o al menos fingen creer en las bases objetivas, racionales y, por tanto, justas de la selectividad escolar, supuestas ciertas condiciones como pueden ser una igualdad de partida, una homogeneidad de métodos y profesio-